

OLIMPISMO Y CULTURA ¹

Mohamed Mzali

Comité Olímpico Internacional

Fecha de recepción: 16 abril 2009.

Fecha de aceptación: 30 Octubre 2009.

Resumen:

El verdadero humanismo está en conservar el pluralismo de los hombres llevándoles a trascenderse y a superarse. Eso es el espíritu del olimpismo. El movimiento olímpico es una demostración magnífica y viva de esta máxima de esperanza. Falta mucho para que el espíritu triunfe definitivamente. No es todavía más que un ideal por el cual tenemos que trabajar con empeño. Porque un peligro cuádruple, que no hemos parado de denunciar, la violencia, la trampa, el chauvinismo, el mercantilismo, dan la medida del esfuerzo que tenemos que realizar. Es únicamente en esta perspectiva humana de superación y de cumplimiento que podremos salvar el futuro de los Juegos Olímpicos sobre los cuales pesan las mismas amenazas que sobre el hombre.

Respondiendo de manera positiva a esta exigencia fundamental de nuestro tiempo, habremos merecido ciertamente al hombre. En una palabra, tenemos todos que trabajar para hacer acceder el deporte a la dignidad de la cultura y trabajar para que la cultura esté a la medida del hombre.

Palabras clave: Olimpismo, cultura, Movimiento Olímpico.

OLIMPISM AND CULTURE

Abstract:

The real humanism consists in preserving the people's pluralism until transcend and excel. This is the spirit of the Olympism. The Olympic movement is a magnificent demonstration of this hope. Unfortunately, the Olympic spirit is still just an ideal, for which we have to work hardly. The quadruple danger, which we didn't stop to report, as the violence, the tramp, the chauvinism and mercantilism, indicate us the measure of the work we still have to do. Only in this human perspective of self-improving, transcendence and excel we can save the future of the Olympic Games, menaced as well as the mankind is.

Responding positively to this fundamental demand of our time, we'll finally deserve to belong to the mankind. In one word, we all have to work to raise sport to be considered a worthy component of culture, as also we have to work to make culture closer and tailored to man.

Key words: Olympism, culture, Olympic movement

Muchos se imaginan que el olimpismo se reduce al deporte y que su valor actual sería despreciable. ¡Qué profundo error! Muchos siguen todavía oponiendo lo físico y lo mental, lo material y lo cultural, el cuerpo y el espíritu. No se dan cuenta que si el olimpismo es un ideal de cultura, una vía de acción, de renovación, de cambio y de progreso, es porque rechaza tales propuestas artificiales y que se

¹ El presente texto conforma el capítulo III de la obra de Mohamed Mzali: *L'Olympisme Aujourd'hui*, que ha sido traducido y adaptado especialmente, con el permiso de su autor, para ser publicado por primera vez en España y en español en *Citius, Altius, Fortius*, a fin de que su contenido sea más accesible a los especialistas hispanohablantes.

sitúa, de hecho, más allá. Además, no se entendería como un auténtico desarrollo cultural podría tomar auge y alcanzar su plenitud, si hacemos abstracción del ideal olímpico.

El lugar del olimpismo en la cultura moderna se tiene que defender y cuidar aún más, ya que nuestro mundo vive dramáticamente la necesidad de amueblar los tiempos de ocio, curiosa y desdichadamente percibidos como tiempos muertos. En efecto, toda organización social necesita atenuar el trabajo con otra cosa que no sea trabajo. La capacidad de trabajo no debe sobrepasar ciertos límites, el hombre siempre ha necesitado darse a otras actividades de tipo lúdico cuya función es sobrepasar lo económico y permitir a la afectividad encontrar un campo de expansión. Esta exigencia es todavía más marcada en el mundo moderno, donde la organización del trabajo recurre a la mecánica, a la automatización y desarrolla más los tiempos en que los hombres están disponibles para otro tipo de actividades, y no sólo las de producción económica.

Además, nuestra entrada en la era de organización de las masas, da a la educación popular un contenido renovado y más difícil de realizar. Educar al pueblo y al público requiere una pedagogía muy diferente que la de la educación de los niños. Se trata de hacer participar a individuos, en número cada vez más grande, en actividades de grupo para que puedan trabajar juntos sin cesar, sin dejar de percibirse como individuos; lo que permite desarrollar su personalidad explotando al máximo sus dotes intrínsecas, sin cesar de relacionarse con los demás.

Integrar pues, no por la negación, sino por y gracias a la afirmación de sí mismo. Nada como el olimpismo para permitir esta educación del pueblo.

En fin, el olimpismo no se contenta con integrar a los hombres; opera un potente acercamiento entre los grupos y las naciones. El olimpismo hoy apunta a la *mundialidad*. Por sus encuentros regulares, y que movilizan a millones de hombres, el olimpismo trasciende la naturaleza, trasciende el individuo y los marcos estrechos que habitualmente los cercan. El olimpismo es de hecho una cultura. Entendemos por eso que constituye un factor de civilización y de humanismo. Pero también hay que darse cuenta que todas las culturas no son igualmente - si puedo decirlo - "olimpistas".

Algunas se adhieren de forma natural. Otras son refractarias. Y si nos parece entonces necesario interrogarnos en profundidad sobre las relaciones del olimpismo y la cultura, es porque el olimpismo nos parece constituir un factor importante de renovación cultural.

1. El Olimpismo como renovador cultural

En una época en la que los sistemas políticos y las filosofías de sistemas dan signos evidentes de ahogo, donde el racionalismo triunfalista y exclusivista no

responde más que en parte a las aspiraciones de las masas, donde los adultos no parecen tener otro mensaje a legar a los jóvenes que el de la incertidumbre, del individualismo, del culto a la materia y al consumo, el olimpismo puede y debe desempeñar un papel mayor para dar un sentido a la existencia, un fin a nuestros actos y objetivos nobles y puros a asignar a nuestra acción. En esa perspectiva analizaremos el olimpismo, con el fin de hacer resaltar la naturaleza y el alcance y mostrar que es lo que podemos aportar, por el bien de nuestros jóvenes, de nuestros pueblos y de la humanidad entera.

El olimpismo, no lo repetiremos jamás suficientemente, no se reduce únicamente al deporte, aunque deporte y olimpismo se apoyan firmemente el uno en el otro. No se trata de simple competición, de educación física, de esfuerzo corporal. Más bien todo esto está al servicio de un ideal que Pierre de Coubertin, el maestro incomparable, subrayaba todavía poco antes de su muerte:

“La primera característica esencial tanto del olimpismo antiguo como del olimpismo moderno, es ser una ‘religión’. Cincelando su cuerpo con el ejercicio, como lo hace un escultor con una estatua, el atleta moderno exalta su patria, su raza, su bandera. Estimo entonces haber tenido razón en restaurar, desde los primeros tiempos, alrededor del olimpismo renovado, un sentimiento religioso transformado y agrandado por el internacionalismo y la democracia, que distinguen los tiempos actuales, pero el mismo, sin embargo, que conducía los jóvenes helenos ambiciosos del triunfo de sus músculos, al pie de los altares de Zeus.” Coubertin, P. (1896)

La dimensión física del cuerpo es la base, pero se añaden valores éticos y estéticos. Es una proyección del cuerpo fuera del cuerpo, es una reunión del espíritu y de la fuerza física. Una fuerza física no bruta pero formalizada, armonizada, contenida. Sin estos valores, el olimpismo no tendría por otra parte ningún sentido, y es con razón que Guglielmo Ferrero aconsejaba, en 1913, *“unir al deporte moderno, el sentido estético de los Griegos, el pudor y la decencia dejados por el cristianismo, el espíritu democrático, práctico y activo de nuestra época”*. (Ferrero, 1913: 86)

Si el olimpismo ha podido recobrar en nuestros días la amplitud que tiene, si suscita el entusiasmo de los educadores y el optimismo de las buenas voluntades, cuidadosas de dar a nuestra sociedad un mensaje digno del hombre, es que apunta a la plenitud del espíritu a partir de la realización del cuerpo.

El programa de Pierre de Coubertin no podía ser más que amplio, universal, a la medida del ideal que lo soporta.

“La reforma que persigo no está al servicio de la gramática o de la higiene. Es una reforma social o más bien es la base de una nueva era que veo venir y que no tendrá ni valor ni fuerza si no está asentada con fuerza sobre el principio de una educación renovada”. (Coubertin, 1894)

En este sentido, René Maheu subrayaba:

“Esta unidad profunda de la educación debe perseguirse a través de la vida. La armonía de la personalidad y la de la sociedad están a ese precio. Al igual que hay que unir íntimamente el gimnasio y el aula de clase, el terreno de juego y la casa, al igual que hay que unir, el taller, la oficina, la fábrica y el estadio” (Maheu, R., 1973)

Se trata entonces de pensar en el olimpismo como en una perspectiva total y *totalizante*. No es un simple juego ni una pura y simple competición. El olimpismo es una conducta – en el sentido que los psicólogos franceses, Pierre Janet y Daniel Lagache, dan a esa palabra –, es un conjunto de actos, de sensaciones, de pensamientos por los cuales el hombre, puesto en situación olímpica, reacciona para afirmarse como hombre. Por la cita con la muchedumbre – y en nuestra época la muchedumbre es la humanidad entera – por esta cita, en nombre de mi pueblo y a intervalos regulares, pongo mi cuerpo en situación.

Tengo que asumirlo plenamente, vivirlo y, para esto, haberlo ejercitado durante largas sesiones para esta cita cogida con la humanidad y con la Historia. Vivo mi cuerpo, que se vuelve no el puro y simple instrumento de mis deseos, pero si la expresión de una voluntad de ser. Creo con mi cuerpo.

No hay sitio en el olimpismo para el intelectualismo tonto y plegado sobre si mismo. Las barreras caen. Porque debo expresarme, realizarme, y crear con mi cuerpo. Es el cuerpo que se vuelve, el espacio de una competición, la inteligencia del mundo. Pero mi cuerpo no está solo. El olimpismo me coloca en una comunidad y además por partida doble: la de los compañeros de equipo y de los adversarios, con los cuales estoy compitiendo y la de los espectadores a la vista de los cuales me expongo. De golpe el olimpismo soporta una serie de relaciones psico-sociales. En efecto, debo comparar, traer mi cuerpo al de otros. Y esto, en un esfuerzo realizado en común; como un adversario, quiero vencer; como él debo ser igual; como él, tiendo al mismo fin; como él cumplo con los mismos gestos para la misma finalidad. Pero debo tener más éxito que él, más rápido, más alto, más fuerte (*Citius, Altius, Fortius*), con más elegancia o con más vigor. El resultado perseguido en común, pero cada uno para sí y Dios para todos, lo que me permitirá, vencido o ganador, saborear el resultado obtenido, aunque sea el de mi adversario.

René Maheu, todavía nos hacía observar:

“El hombre está ahí, en su eternidad y su movimiento. Está ahí en las actitudes plásticas más perfectas de su cuerpo y en el drama de su alma. Está ahí, luchando con las leyes de la naturaleza y con su contrario, la contingencia, el accidente, la suerte. Y todo esto produce en si mismo y en el que le contempla, las pruebas más auténticas de su dignidad.

El gesto que es la maestría en el espacio, el ritmo que es la maestría en el tiempo, y el carácter que es la maestría de la persona.” (Maheu, R., 1973)

Soy testigo del otro como el otro lo es de mí. Y este testimonio recíproco se hace público. Porque el olimpismo es un espectáculo, mejor, una comunión. El aire de fiesta sin límite, el aspecto solemne, la *mundialidad* del evento que está

espaciado para mejor saborearlo, crean condiciones propias a la comunión. El atleta sabe que tiene a millones de hombres y mujeres subyugados por su gesto, que dibuja una figura pura y armoniosa, e invita a la muchedumbre, no solamente a admirar, pero también a vivir su gesto y comulgar con él.

Esta vivencia del cuerpo, el olimpismo, a decir verdad, la tiene en común con toda competición deportiva. Además, a menudo se ha definido, no sin exageración, el deporte como un juego y una lucha. Pero el olimpismo le añade un toque propio y personal. La aportación original reside en el significado. Es un sistema de valores. Porque el cuerpo no está simplemente en acto. Toma *sentido*. Lo mismo que el sentido del esfuerzo, el sentido de la armonía crea a partir del resultado una finalidad específica. Lo que distingue cualquier juego deportivo del olimpismo, es este significado dado a las acciones de mi cuerpo. El olimpismo es una verdadera espiritualidad del cuerpo. En sentido propio esencialmente, porque es un espíritu y un conjunto de valores:

“Sin duda,- escribía Pierre de Coubertin-, el Espíritu domina: el músculo debe permanecer como su vasallo, pero a condición de que se trate de las formas más elementales de la creación artística y literaria y no de esas formas inferiores a las cuales una licencia creciente sin cesar ha permitido multiplicar, en nuestros días, para gran daño de la civilización, la verdad y la dignidad humanas al igual que las relaciones internacionales.” (Coubertin, P.,1896)

El deporte es bien una valorización de la acción. El cuerpo toma su sentido social. Porque se trata de integrar estos valores en la comunidad nacional e internacional. El espíritu de tolerancia, de estima, es parte integrante del olimpismo que es internacionalista o no.

La paradoja es que el paganismo del cuerpo se funde en el espiritualismo ético de la competición. El olimpismo es pues, reconciliación del hombre y de su naturaleza. Más exactamente, las tensiones y los conflictos que oponen muy a menudo el espíritu y la materia, el cuerpo y el alma, caen y están sobrepasados por la espiritualidad del cuerpo.

El olimpismo es una auténtica cultura que vuelve a dar al concepto de “cultura física” su sentido pleno y noble. *Stricto sensu*, es una “encarnación de lo bello”. Es la armonía hecha carne. En esta fusión del cuerpo y de lo bello reside todo el misterio de este olimpismo. El *to kalon* griego no tenía otro sentido.

2. Culturas olímpicas y culturas a-olímpicas

Se puede entonces afirmar, sin gran riesgo, que su dimensión cultural es esencial en él. Es por eso, además, que para muchos es un problema. Así, hay culturas, en las cuales, (el olimpismo) vive como en territorio extraño. Hay culturas olímpicas y culturas a-olímpicas.

Esto se entiende, puesto que hemos visto que el olimpismo rechaza todo dualismo y quiere la superación de las tensiones y de los conflictos. Hemos insistido a menudo sobre la oposición fundamental para muchas civilizaciones, entre el ocio y la producción, o, según la terminología freudiana, entre el principio de placer y el principio de realidad. El hombre no apuntaría más que a la satisfacción de los placeres mientras que las exigencias de la vida colectiva quieren frenar en él, el egoísmo del deseo para comprometerle en las duras necesidades de la vida en grupo que exige de él, el trabajo, el esfuerzo y la producción. Vemos demasiado lo que puede tener de esquemático y por consecuencia de erróneo. El olimpismo muestra la evidencia de que la vida puede concebirse de otra manera. De hecho, existe el placer de producir, placer de trabajar, placer del esfuerzo. Ocio y producción, lúdico y seriedad, no son exclusivos el uno del otro. Son los dos, cara de una misma noción: la creatividad, crear con alegría, producir con esfuerzo, pero por y para la superación.

Se puede entonces decir que hay culturas que favorecen y otras que no favorecen al desarrollo del olimpismo. El criterio que permite desmarcar las unas de las otras, es la actitud hacia el cuerpo, el esfuerzo físico, el sentido universal, la medida y la armonía global.

El olimpismo no puede desarrollarse si antes no se ha percibido la unidad fundamental de la vida. Y se puede, al contrario, afirmar que toda tensión y todo dualismo, demasiado marcados, pueden significar la muerte del olimpismo. Sería demasiado largo, pero fascinante, desarrollar una historia de las culturas humanas a partir de esta idea. Contentémonos con algunas referencias.

Primero, la cultura griega de la edad clásica, puesto que siempre tenemos que volver a ella. Con razón esta allí la cuna y el crisol de la idea olímpica. Es demasiado poco decir que los Juegos Olímpicos eran parte integrante de la cultura griega. Los griegos han sabido hacer de ellos una religión y un sistema de referencia global, política, histórica en una palabra. Los juegos eran un ritual, una práctica sagrada, tuteladas por los dioses y dedicados a ellos: Los Píticos en honor a Apolo en Delfos, Los Nemeos en Nemea en honor a Zeus, los Ístmicos en Corinto en honor a Poseidón. Los griegos se han atrevido a honrar a sus dioses jugando y dando un toque atrevidamente lúdico a sus sacramentos.

Pero, más que nada, los Juegos Olímpicos resaltaban sobre todo, debido a su carácter internacional.

A todos los caracteres ya anotados se añade otro: el carácter pacífico. Porque estos juegos eran una tregua. Así cada cuatro años, al menos, los griegos se imponían una paz de algunos meses, que no podía más que favorecer el acercamiento entre los hombres.

Los *spondoforoi theoroi*, embajadores sagrados, se encargaban de anunciar, a través el mundo griego, la próxima celebración de la fiesta y proclamar la tregua sagrada: durante los juegos todas las hostilidades se

suspendían, y los que iban a Olimpia eran inviolables. Era un sacrilegio ir a *Elide* armado. Los *hellanódicas* presidían los juegos, tenían mano sobre la policía de las competiciones. Infligían multas a los que cometían infracciones y, como para significar el carácter no represivo de estas multas, su producto se empleaba en el levantamiento de estatuas de bronce en honor a Zeus en el santuario. No es inútil subrayar que los juegos constituían una gran manifestación del espíritu griego, pero revestían el carácter de fiesta global. Todos los que soñaban con una gloria universal, procuraban llamar la atención en Olimpia. Concepción feliz de la vida que no sufría ninguna barrera y que veía en los juegos y el espíritu olímpicos, la materialización de un ideal de belleza, de armonía, de razón. Los juegos no eran otra cosa que los logotipos encarnados en el estadio.

Por ser diferente en sus fundamentos y en su proceso, la civilización árabe-musulmana ha admitido el deporte y el juego como fundamentos mismos de la cultura y de la educación. La ética coránica se fundaba en el respeto del cuerpo y hacía que todo creyente cuidara su físico tanto como su espíritu. Y el culto a lo bello, al amor de la gracia, a la asunción del cuerpo, al sentido de la fraternidad, sin el cual la civilización sería incomprensible, predisponían a la sociedad a integrar el juego y la competición, el sentido del esfuerzo logrado y la superación de sí mismo en el otro.

En casi todas las ciudades del Oriente musulmán, el polo era el deporte rey. Ispahán todavía lleva las marcas – y muchas otras capitales musulmanas... Porque cada ciudad poseía uno o varios terrenos habilitados para dicho evento. Las carreras, a pie o a caballo, los torneos de tiro, los juegos atléticos, la natación, la navegación a vela, eran practicados con gran éxito.

La lucha hacía que todos estuvieran más unidos. Apasionaba a la muchedumbre y todavía es muy practicada. Existen numerosos tratados ilustres que estudian con precisión y minucia, la técnica de los luchadores “pahlawan”:

“Estos últimos, -escribe Aly Mazaheri-, vestidos sencillamente con un calzoncillo corto, luchaban en las plazas cubiertas especialmente construidas, ante un público de admiradores que no medían sus estímulos... Ya cara a cara, los dos luchadores se saludaban antes de enfrentarse, y el combate se desarrollaba ante los ojos de los árbitros, que eran siempre antiguos campeones, y vigilaban que las reglas fuesen bien aplicadas; el primero que hiciese tocar los hombros del otro en el suelo, era proclamado vencedor. En ese momento, el vencedor y el perdedor se besaban en la frente para demostrar que a pesar del combate, seguían siendo buenos amigos. Los campeones que habían conquistado la celebridad en las competiciones locales, eran, a continuación, invitados a medirse con campeones nacionales ya famosos o con campeones internacionales. Así ocurría a menudo que un Bizantino se medía a un campeón de Ispahán y que un luchador de Hamacan se exhibía en Mongolia. Cada luchador representaba el honor de su nación...”

Los trabajos de numerosos investigadores, historiadores, etnógrafos, sociólogos, están haciendo justicia a numerosos errores referentes a los países no

Europeos Así muchas publicaciones recientes demuestran la importancia del deporte en las culturas africanas, y establecen que el deporte juega un papel particularmente importante para los individuos. “El deporte juega un papel fundamental para lo que es la preservación de los principios culturales de la sociedad. Así las competiciones deportivas – al igual que la danza y el canto – acompañan los actos más importantes de la vida colectiva: nacimiento, circuncisión, boda, entierro, celebración de los Dioses, fiestas anuales, fiestas corporativas de campesinos, de pescadores, de curanderos, de herreros, fiestas de las cosechas, culto a los antepasados”. Ahí, también se puede hablar de dimensión global del deporte concebido como cultura física en sentido propio como al figurado.

Evidentemente, el deporte se acomoda muy mal a la degradación de las costumbres. Se puede decir que toda época de decadencia, con la subida inevitable de la violencia, del oscurantismo, de los prejuicios contra el cuerpo y los juegos sanos, no puede marcar más que la muerte del espíritu olímpico. La decadencia de la sociedad árabe-islámica, así como la de la sociedad cristiana en la Edad Media, ha favorecido la aparición de varias formas de falsos ascetismos y de desprecio del cuerpo. Porque el placer lúdico, refinado en exceso, no podía más que romper la armonía fundamental del espíritu olímpico. Los juegos del circo romano vueltos distracción no podían ser más que la caricatura de los juegos griegos.

Grotesca caricatura que estos *ludi* cuya cantidad sobrepasaba los 182 días al año, a tal punto que el ilustre conocedor que era Jérôme Carcopino no dudaba en escribir: “Hay que admitir que en la época en la que nos encontramos no hay apenas un año romano que para un día laborable no hubiera uno o dos días festivos”. – “*Panem et circences*” (pan y circo). Los juegos proceden de una gigantesca mistificación que apuntaba, distrayendo al pueblo, a desviarlos de cosas serias y ante todo de los asuntos públicos. El anfiteatro, además, no era más que un lugar de depravación colectiva de muy bajo nivel y que no tenía nada que ver con el espíritu olímpico. Los juegos se habían vuelto una guerra sangrienta donde el *munus*, el sacrificio humano, es transformado en una fiesta macabra, celebrada por un populacho invitado a disfrutar sádicamente de la vista de la degollación de hombres que no habían sido armados más que para matar y ser matados ante él. Con razón, la Historia es muy severa con estas masas excitadas por el odio y “que, durante días y días, y de la mañana a la noche, encontraban su satisfacción en crueles inmolaciones y que, ante la muerte que prodigaban, sin afrontarla ellos mismos, no tenían ni una lágrima para aquellos cuyo sacrificio multiplicaba sus apuestas, y no aportaron con estos vergonzosos espectáculos más que un desprecio degradante de la dignidad y de la vida humana.” (Carcopino, 1939)

Y nadie hubiera echado de menos su supresión por el cristianismo triunfante si ellos no fueran ya un descrédito, y en ellos el espíritu de Olimpia no hubiera estado perdido ya desde hacía muchos años.

Había que evocar este episodio siniestro de la historia de los juegos de Occidente, porque marcan la cima de la degradación y la cumbre de la alineación. Tanto el olimpismo griego quería – y conseguía – liberar a los hombres, tanto los *circences* romanos enloquecían al hombre transformando el juego físico en un fin en sí, comercializándolo y sometiéndolo a los bajos instintos del hombre.

Había que subrayar este hecho, porque nuestra época da a menudo la impresión que nos pasamos al anti-olimpismo por exceso de deporte. El triste espectáculo de los estadios invadidos por la violencia o el nacionalismo más limitado, es más que un timbre de alarma. Consagra la entrada a los vendedores en el templo y el desvío de las competiciones deportivas de su noble fin, con el fin de hacer maquinarias destinadas a embolsar dinero.

A decir verdad, las transformaciones del deporte moderno son las transformaciones de nuestra propia civilización. El espectáculo por el espectáculo. El éxito es el único fin del espectáculo. Ya no es el valor ético y estético del esfuerzo lo que cuenta, sino el valor mercante. En un periódico satírico figuraba un famoso futbolista francés, participante en el Mundial de Buenos Aires. Su pie apuntaba a la pelota, y se da la vuelta para preguntar a la derecha, y a la izquierda: “*Si marco, ¿cuánto es? Y si no marco ¿cuánto será?*” No se podría ilustrar mejor la triste situación en la cual se encuentra el *fútbol l*– o el boxeo profesional – en numerosos países denominados desarrollados.

La desmesura, a todos los niveles – personal, nacional, internacional-es como el estadio supremo del anti-olimpismo. Entonces, justamente frente a esta locura por el deporte – que no está sin analogía con la de los *ludi* romanos – el verdadero olimpismo tiene que jugar un papel capital en la educación de las masas.

Si queremos que el olimpismo se perciba como un factor de renovación cultural, hay siempre que acordarse de que el avance en la armonía de las tensiones y de los dualismos, que hemos identificado como el error mismo del espíritu olímpico, puede ser una potente dinámica de resurgimiento del hombre.

Primero en el plano individual: porque, por la juiciosa utilización del deporte que implica, el olimpismo permite una educación mejor del joven y del ciudadano. Sabemos en efecto que nuestra época vive una dramática división de las pequeñas colectividades y de la familia. Numerosas tareas educativas, lúdicas, humanas, les son sustraídas, cada día, para confiarlas a instituciones colectivas que tecnológicamente están mejor dotadas, pero que les falta el alma, la afectividad, el sentido de lo humano, el sentido de la comunicación y la sal de la comunión.

Nuestro mundo está desarmado, porque no sabe – o finge no saber- donde encontrar el sentido de la comunicación. La intuición genial de Pierre de Coubertin ha sido recoger, al nivel de las masas y democratizándolo, este sentido de lo bello, del esfuerzo, de la eficacia, de la *mundialidad* y de la paz inherente al espíritu olímpico. No es suficiente ayudar a las masas a ocupar el tiempo muerto, por otro lado cada vez mayor, con un ocio sano. Hay que adjuntarle el sentido de lo bello,

de la medida y de la armonía. Hacer el esfuerzo, saber ganar, pero también saber perder y guardar “*self control*” y “*fair play*”. En una palabra, el ideal olímpico enseña la lucha, sin trucos ni trampas, en el respeto de las reglas del juego, en el amor del otro que deseamos sobrepasar más que vencer; pero hacia el cual avanzamos llenos de estima y lealtad. La manera de ganar vale más que lo que se gana “*Mejor que una victoria...*” ese es el símbolo del *Comité Internacional del Fair Play* que dirigió con fe y competencia Jean Borotra. Únicamente este espíritu nos da más que una victoria, nos da una conquista sobre nosotros mismos y volver a encontrarnos.

En el plan colectivo, el impacto del olimpismo no es ni menos importante ni menos noble. Si el olimpismo es colectivamente purificador, es porque ayuda a transformar la muchedumbre en masa, la masa en comunidad y la comunidad en comunión. Es alrededor de los valores no abstractos, sino encarnados, que se realiza la comunicación de los hombres que se reconocen en el atletismo y se entregan a él para realizarse. El espectáculo olímpico es un gigantesco proceso de identificación por la superación. Porque este hombre que gana, soy yo. Pero este hombre que pierde, también soy yo. Admirable situación donde el ganador y el perdedor acaban teniendo más o menos los mismos sentimientos. Esta educación de sí mismo para controlarse frente al espíritu, este aprendizaje del arte de perder en el juego sin perder la cara, es el mejor antídoto para la conducta de fracaso tan generalizada en nuestros días.

La *catarsis* del estadio no es ni menos eficaz ni menos real que la del teatro. Es una terapia más fuerte todavía que la del drama, porque, no pasando por el lenguaje, me entrega directamente el juego del otro. Yo me expreso a partir del simple espectáculo de la expresión corporal del otro. Esto es tan verídico que el lenguaje del deporte es internacional.

En el plan internacional, el valor liberador del olimpismo es también grande. Él solo, puede crear todavía hoy la única situación donde la última palabra es para el vencedor y donde el vencido puede sonreír y perder de corazón. ¿Existe mejor remedio al imperialismo, al deseo de hegemonía, a la voluntad de potencia de los unos y de los otros? ¿No es mucho mejor encontrarse en un estadio que medirse en un campo de batalla? Pierre de Coubertin ha trabajado mucho para que el olimpismo sea un factor de paz entre las naciones.

El verdadero humanismo está en conservar el pluralismo de los hombres llevándoles a trascenderse y a superarse. Eso es el espíritu del olimpismo. Avery Brundage resumió muy bien el mensaje: “*El movimiento olímpico es una demostración magnífica y viva de esta máxima de esperanza y de fe que fue hecha en Tokio: el mundo es uno.*”

Falta mucho para que el espíritu triunfe definitivamente. No es todavía más que un ideal por el cual tenemos que trabajar con empeño. Porque un peligro cuádruple, que no hemos parado de denunciar, la violencia, la trampa, el chauvinismo, el mercantilismo, dan la medida del esfuerzo que tenemos que

realizar. Tienen el honor el CIO, la Academia Olímpica, los Comités olímpicos nacionales, todos los educadores auténticos del mundo entero, de luchar para la materialización de este ideal cuya apuesta es el hombre. Unamos nuestros esfuerzos para el saludo del hombre y para su plena realización. Es únicamente en esta perspectiva humana de superación y de cumplimiento que podremos salvar el futuro de los Juegos Olímpicos sobre los cuales pesan las mismas amenazas que sobre el hombre.

Respondiendo de manera positiva a esta exigencia fundamental de nuestro tiempo, habremos merecido ciertamente al hombre. En una palabra, tenemos todos que trabajar para hacer acceder el deporte a la dignidad de la cultura y trabajar para que la cultura esté a la medida del hombre.

Bibliografía

- Carcopino, J. (1939): *La Vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire*, 1939 Paris: Ed. Les Belles Lettres.
- Coubertin, P. (1894): Discours au Congrès de la Sorbonne. *Bulletin du Comité International des Jeux Olympiques*.
- Coubertin, P. (1896) : *La préface des Jeux Olympiques*. Cosmopolis.
- Ferrero, G. (1913). *Ancient Rome and Modern America. A comparative study of morals and Manners*. Institut Universitaire de Hautes Etudes Internationales. Genève.
- Lagache, D. (1983): *L'unité de la psychologie*. Paris: Edit. Quadrige/PUF.
- Maheu, René (1973) Allocution de M. René Maheu Directeur Général de l'Organisation des Nations Unies pour l'éducation. *La science et la culture*. Paris: Unesco.
- Mazaheri, A. (1952) : *La vie quotidienne des Musulmans au Moyen Age*. Paris: Ed. Hachette.